

# El Inquisidor y las brujas de la pira

Mauricio B.



# Capítulo 1

*"Según el derecho civil, los criminales acusados de traición serán castigados con la muerte y sus bienes serán confiscados ¿Qué otro motivo es necesario para que aquellos que ofendieron a Jesús sean excomulgados de la Fe Cristiana y privados de sus bienes?"*

*Papa Inocencio III*

## **El inquisidor y las brujas de la pira**

*(Cuento del proyecto "Relatos de fantasmas, masones y sacerdotes")*

Sobre la colina más rocosa, se erguía una vieja Abadía. Sus murallas enmudecían pecados inenarrables de la bandera del Sagrado Oficio. Dos puertas gruesas y majestuosas protegían a una congregación reducida de monjes de la Regla de San Bernardo de Tolomei. Y a sus huéspedes, el jurado y el Gran Inquisidor. Que había forjado en la Sagrada Estancia su guarida y fuerte.

Aquellas puertas eran guardianas de los tesoros del Imperio: las monedas de la bolsa de la limosna arrancadas de las manos a los pobres y los botines de guerra contra los herejes. Eran flancos inocuos cuando las fiebres acechaban al pobrero y escudo frente a las pobladas. Sin embargo la inmunidad se veía amenazada por la alucinación inefable que operaba entumeciendo las bases del Sacro Imperio Romano: El miedo profuso a la Herejía religiosa.

Frente a ellas, los pobladores acosados por la peste y el hambre llegaban a morir. Suplicando pábulo y redención. Niños y mutilados pedían dádivas, el pueblo lloraba a sus muertos reclamando justicia y muerte para los opresores.

Dentro, en la Abadía, la vida sagrada engordaba el abdomen del clérigo, hasta herniarles los ombligos. Las carnes se hervían al vino, se fermentaba el más agrio aguamiel y se cultivaba la uva cisterciense. Las murallas delimitaban dos mundos: El sagrado y el pagano.

La gran ermita era una injuria al poblado hambriento que moraba en las barriadas. Un agravio al mismo Dios que pregonaba.

Sucedía cada tanto, que las puertas se abrían.

Entonces, carretas suntuosas desfilaban hacia la plaza del villorrio. Llevándolo a él y a sus soldados de la fe a cumplir su cometido: Dar

muerte a los apóstatas. Mitigar la intelectualidad. Erradicar la brujería.

Los próximos días se tornaban festivos, el pueblo olvidaba el dolor, comía de las atenciones del Abad y compraba su dulce vino hasta la borrachera desenfrenada. En la plaza se festejaban juicios, orcas y hogueras.

Todo aquello era el espectáculo que La Santa Institucion ofrecía a los debotos. Un embrujo, una herencia que mangoneaba sobre el clero y sus deudos. Lejos estaban los días de Alejandro VI, aunque el halo de corrupción sacrílega infestaba a todo el imperio como herencia de la Roma Borgia.

Desde el ayuntamiento seguía los pasos del Auto de fe y las festividades. Los gritos de los oprimidos daban aviso del final del proceso. La Inquisitiva Judicial no eera mas que el momento sublime en que las almas obtendrían la salvación tras la muerte. Entonces se arrodilló y les dedicó sus rezos. La tarea estaba cumplida. Lavó sus manos y regresó a la Abadía.

Cenó pan ácimo en honor al Salvador y se encerró en la celda vacía. No ocultaba riquezas ni oro, ni joyas de los muertos, ni posesiones de las brujas. Solo una tabla y una cobija harapienta, un ladrillo sobre el que apoyaba la nuca rasurada; las herramientas de flagelo y una cruz sin altar. Exageradamente grande y humilde, pesada, sobre la que yacía un cuerpo de madera blanca cuarteada y teñida de sangre. Que él y solo él oía gotear cuando frente a ella flagelaba su cuerpo en busca de perdón.

Desató el cingulo y se despojó de la sotana, recordó entonces sus años en la Orden Benedictina. Qué lejos estaba todo aquello. La pesada cruz cargada sobre su espalda zurrada no se equiparaba en peso a la que pendía de la pared, sino que era cien veces mayor, la convertía en pequeña, despreciable. Se exhibió ante Dios pretendidamente puro y santo. Tomó el cingulo, ese lazo de cuerdas trenzadas con su sangre y lo ató a la pequeña cruz que pendía de la sarta de cuentas. La giraría como manivela hasta el dolor insaciable. Cruzaría el umbral esa noche, se superaría a sí mismo.

Arrancó los trapos que hacían de venda y realizó el cerco sobre la vieja herida, renovándola. Estrangulando su pierna, que no dejaba de sangrar desde hacía años, casi desde aquel día que decidió comenzar su penitencia. Expiatoriamente la mantenía como fresco recuerdo de su pecar. Forjó el torniquete. Lo ajustó tan fuerte como para romper su carne y hacer brotar sangre sádica, nueva. Otra vez.

Esparció las semillas en el piso frio y se arrodillo sobre ellas hasta que se le hincaron en los huesos. Crujió los dientes y dejó brotar una lágrima mezquina. Intentaría no permitirse más que eso. Soportar el dolor

airosamente lo asemejaría a Cristo.

—¡Penitenciate! —susurró—. La penitencia saludable no es la que sirve de lazo al que se ha enredado en nuevas culpas ¡Penitenciate!

Tomó el latiguillo y contó las puntas de bronce. Por cada una, se obligó a un azote y a una oración. Y se infringió el primero de los latigazos de una seguidilla que abriría viejas heridas.

Entonces las oyó reír otra vez. El silencio de su condena se vio quebrantado.

Sus manos comenzaron a temblar tras revivir la acechanza. Cerró los ojos, apretó con brutalidad los dientes y se azotó por segunda vez para acallar las voces. Lanzó un grito de dolor que pareció enmudecerlas. Aunque las brujas jamás callaron.

—*¡Gloria Patri, et Fili, et Spiritui Sancto. Sicut erat in principio, et nunc et semper...!* —y atormentado dejó caer el latigo para liberar su mano—. *et in saecula saeculorum, amen...* ¡Dejadme, brujas! ¡Volved con vuestro padre, *il diablo!*

Pero en su celda, ya no era inquisidor sino acusado. Ellas comenzaron a rodearlo respirando en sus oídos hasta ensordecerlo con sus risas.

El inquisidor tomó la cruz que ajustaba el torniquete y giro aún más fuerte hasta que sus manos se humedecieron. Tomó el latigo con ímpetu y se ejerció otro azote.

—¡Muere, asesino! —dijo, una. ¡Muere esta noche, maldito!

Tapó enérgicamente sus oídos y gritó desaforadamente hacia la cruz:

—*Pater Noster, qui es in caelis, sanctificétur nomen Tuum,* —Reclamando socorro.

—*¡adveniat Regnum Tuum!* —respondieron sarcásticamente mientras giraban a su alrededor en una ronda de conjuración.

—¡Callad herejes! ¿Os burláis de Dios?

—¡Os burláis con vuestros actos, Inquisidor! ¡Esta noche pagaréis por nuestras muertes! —respondió la sacerdotisa.

—He cumplido con los deberes del Oficio, mi Señor ¿Porqué me abandonáis en esta hora? —dijo, llorando a viva voz—. ¡Brujas! ¡Tengo al

Señor por testigo, solo he hecho lo que él me ha encomendado!

—¡Injureáis a vuestro Dios! ¡Esta noche, os impartiremos justicia, inquisidor! ¡Moriréis por nuestras manos! ¡Y jamás seréis perdonado por vuestros actos! ¡Hereje!

—*iPater Noster, qui es in caelis, sanctificétur nomen Tuum!* —Retomó su reclamo al cielo con desafío.

Las brujas rozaron con sus manos el cuerpo del inquisidor. Temblando de horror, volvió a tomar el látigo y se traspasó la carne hasta desnudar sus músculos. Hasta rayarlos en lo profundo gestando un río que brotó de su espalda.

Poseído por el mareo apoyó sus manos en el suelo para no desplomarse. Conoció entonces el aroma de su sangre, tibio aroma que surcaba el aire.

Miró hacia el crucifijo con postremas fuerzas y lo vió ardiendo sobre él.

Recordó el acto en que ellas se incineraban sobre el fuego y percibió el olor que expelían sus carnes chamuscadas en la hoguera. Sus cabezas calcinadas emitían olores nauseabundos que no pudo tolerar, hasta que vació su estomago sobre el río de sangre y entró en un trance.

Un zumbido de dolor ensordecía su mente y le traía imágenes de sus muertos, poco a poco la celda fue colmándose de una muchedumbre de espectros excomulgados que vivaban por su alma.

Las brujas frente a él lanzaban conjuros endiablados. Entregando sus despojos al demonio. Reclamando justicia.

La Suma Sacerdotisa enfangó la yema de su índice con sangre coagulada, se arrodilló, esputó en su frente. Con la sangre trazó un signo sacrílego en su rostro a modo de estigma. De las semillas crecieron troncos con espinas que al tocar su cuerpo se secaban sobre él. Entrando en su cuerpo, formando una jaula de la que jamás podría salir. La bruja mayor alzó sus manos y gritó hacia la muchedumbre:

—Señor Gran Inquisidor, honorario Emisario de la Santa Madre Iglesia, Comendador y Juez de los Autos de Fe, Representante del Sumo Pontífice en estas tierras: Este aquelarre os encuentra culpable frente a nuestro Señor de asesinato, robo y apropiación de bienes de los herejes, calumnia e injuria de inocentes, muerte de niños en el vientre, ahorcamiento y quema de honrados injuriados. Sin embargo, os ofrece, a vuestra consideración: "Confesad vuestros pecados de muerte y pedid el perdón de quienes esta noche venimos a reclamar tu alma. Para que ésta

sea salvada y entre al reino de los cielos”.

—¡Jamás! ¡Demonios! Mi causa ha sido justa, he llevado la bandera de la cruz sobre los hombres y he amedrentado a quienes junto con el *engañador* conspiraron contra Cristo y su Iglesia ¡Prefiero morir eternamente en los infiernos antes que claudicar mi causa!

—Una horda de brujas y brujos esperan por vos en los infiernos, Inquisidor. No habrá piedad, os aseguro. Aventuráis vuestra alma al peor de los castigos. ¡Confesad, pecador! ¡Y salvad a vuestra alma de la muerte eterna!

—¡Jamás obtendréis mi confesión, demonios! ¡Dios hará justicia por mí!

—¡Vuestro Dios os ha abandonado, Inquisidor! ¡Él aborrece tus obras!

—¡Prefiero la muerte antes que la pérdida del honor!

—¡Entonces muere! —dijeron al unísono las brujas del aquelarre.

La Sumo Sacerdotisa produjo un chasquido con sus dedos y la madera que envolvía al desgraciado lentamente comenzó a arder. Los espectros comenzaron un cántico macabro. La pesada cruz se desprendió de la pared y levitó en el aire, sobre su cabeza. El cuerpo de madera comenzó a arder destellando chispas calientes que cayeron sobre su cuerpo. Inmovilizado por el dolor, el inquisidor aterrorizado observaba el fuego sobre el Cristo. Y se vió vulnerable a los maleficios.

La sacerdotisa alzó su mano pronunciando palabras inauditas, su cuerpo respondió a su hechicería y se dejó vencer. Pronto el fuego lo tomó por presa. El calor lo poseyó combustionando su cuerpo. Murió afixado entre las llamas, maldiciendo a las brujas, a su madre y a su Dios. Al calcinarse, el cuerpo dejó desprender el alma. Cumpliría la sentencia del aquelarre en los infiernos.

Por la mañana, el Abad dió la orden de violentar la puerta. El escenario hallado fue desolador. El suelo de la celda exhibía la sangre y las cenizas aglutinadas del Inquisidor. Sobre el lecho, sus hábitos inmaculados fueron testigos del horror de la venganza de las brujas.

Su alma fue llevada a juicio escoltada por el aquelarre. Traspasó las puertas del infierno y por sus actos obtuvo justicia. En honor a quienes su pira y su horca quebrantaron, antes de terminar la noche fue impartida la venganza divina. En el averno, eternamente, se escuchan los gritos y rezos del Inquisidor que reclama el perdón de Dios por los actos cometidos en su sacro oficio.